

"Un proceso de desafíos y aventuras interpeladas por la afectividad"

*Oviedo, Walter Raúl Alberto
Regunega, María Silvia*

Esp. Walter Raúl Alberto Oviedo

Especialista en Docencia Universitaria. Licenciado en Educación. Profesor en Ciencias Económicas. Docente, Extensionista e Investigador de Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones (Argentina). Docente del Nivel Secundario de la Provincia de Misiones.
oviedowaltepce@gmail.com

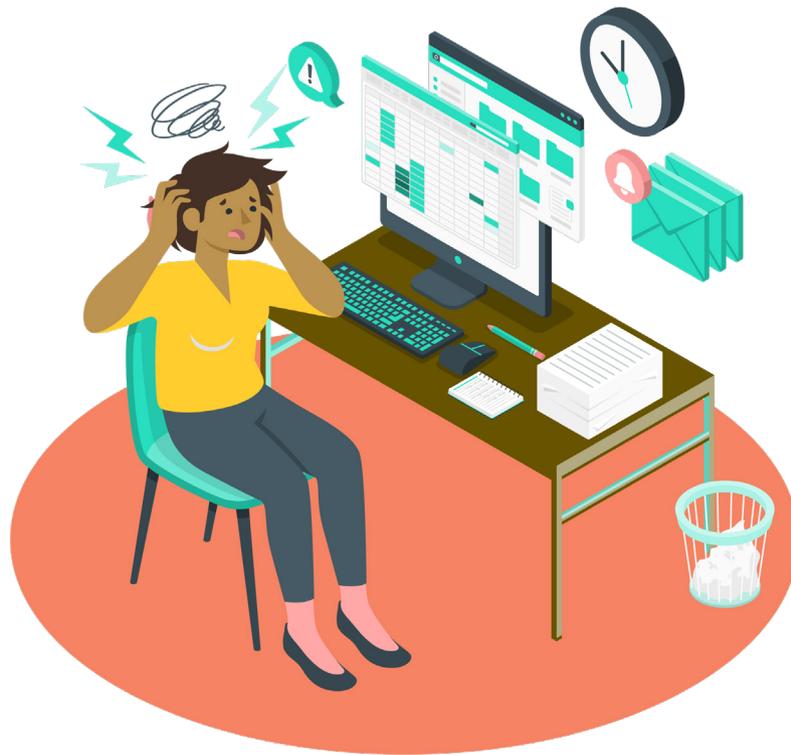
Lic. María Silvia Regunega

Licenciada en Educación. Profesora en Ciencias Económicas. Docente, Extensionista e Investigadora de Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Misiones (Argentina). Docente del Nivel Secundario y Nivel Superior de la Provincia de Misiones.
marisilregunega@gmail.com

El presente artículo recupera interrogantes y conclusiones construidos por los autores a partir de la experiencia vivida en el Bachillerato Orientado Provincia N° 82 de Candelaria, Misiones. Los cuáles nos invitan a pensar, analizar y reflexionar sobre la importancia que tiene la afectividad en los procesos de transformación del sistema educativo y cómo estas interpelan las prácticas educativas de todos los que forman parte de las instituciones educativas.

Las instituciones educativas y los sujetos que dan vida a las mismas, han cambiado, las demandas del SIGLO XXI exigen al sistema educativa otras propuestas que respondan a problemáticas reales de la actualidad, esto sólo se puede lograr si interpelamos nuestra mirada y nuestras concepciones sobre el mundo del cuál somos partes y de nuestro rol como profesionales de la educación.





La pregunta es uno de los dispositivos docentes más importantes para llevar a cabo prácticas críticas y reflexivas, preguntarnos el ¿por qué? de todo aquello que sucede a nuestro alrededor nos permite observar y analizar más allá de lo aparente. Es por ello que para comenzar a escribir este artículo consideramos necesario preguntarnos: ¿la escuela es un lugar en donde se puede ser feliz? ¿En dónde podemos expresar lo que sentimos? ¿En dónde podemos aprender algo más que conocimientos? ¿Puede convertirse en un lugar donde no sólo debemos cumplir con el horario, las tareas, los trabajos, las evaluaciones, con los reglamentos escolares, con el uniforme y con todo lo que a diario se nos exige?

Es común encontrarnos con estudiantes que no entienden porque deben asistir a la escuela, por qué levantarse temprano o dejar de dormir la siesta, para aprender conocimientos que por momentos hasta pueden adquirirlos leyendo libros o mirando materiales audiovisuales en la web o en la canales de documentales, que por momentos les brindan conocimientos que podrían resultarles más interesantes, por el simple hecho de tener la libertad de elegir qué desean aprender y cómo, y no, que otro con el que no tiene vínculo se los imponga.

Desde que inician su paso por la secundaria son muchos los estudiantes que desean que esta etapa termine y una vez que se termina muchos son los que no quieren volver a pasar por la escuela o inclusive piensan o sienten que fue una experiencia más, de las muchas que han vivido durante su vida, sin dejar de mencionar que la felicidad es relativa según las vivencias y su relación directa con el contexto socio emocional que cada uno de ellos posee. Reconociendo que el término felicidad aún sigue siendo redefinido socialmente.

Sin embargo, estamos convencidos que la escuela puede ser un espacio en donde no sólo se aprenden conocimientos o "normas de conducta social", necesarias para dar respuestas a un mundo que las demanda o impone muchas veces; sino también en la que los estudiantes vivan experiencias que les sean significativas cognitiva y emocionalmente. Pero sobre todo que construyan con nosotros los docentes un perfil crítico ante esas demandas, y puedan resignificarlas, a efectos de tomar decisiones emancipadas de un sistema, muchas veces inflexible.

Porque el desafío no está solo en formar “sujetos sociales” capaces de aprender conocimientos, sino de aprender, también, a expresar lo que piensan y lo que sienten, (¿nosotros sabemos hacerlo?), poner en palabras todo aquello que los interpela, para comenzar a construir proyectos colectivos con el objetivo de que en las instituciones educativas las secuencias didácticas no sólo estén interpeladas por lo racional, sino también por lo emocional.

Es muy importante reconocer, hoy desde la ciencia que ambas instancias no actúan por separado, y este es el desafío que debemos asumir quienes acompañamos sus trayectorias educativas. Nuestras matrices de formación, muchas veces ocultas, nos llevan a continuar pensando en que los procesos de enseñanza y aprendizaje sólo se sustentan en lo racional, y es por ello que “escondemos” las dimensiones emocionales que interpelan las prácticas educativas.

Ocultar nuestras emociones, puede resultar más grave, porque las emociones siempre están presentes pero calladas, anuladas, sentenciadas a espacios donde cualquier manifestación representaría un “castigo”, ¿Así construimos? ¿Así educamos a nuestros jóvenes? Cuántos de nosotros, referentes de la educación, agentes de un sistema educativo inmenso, sabemos quiénes somos, que hacemos y a dónde queremos llegar con ello. ¿Cuánto nos conocemos? ¿Reflexionamos en el plano personal y profesional sobre nuestras prácticas cotidianas y naturalizadas como algo imposible de ser transformadas?

Es importante destacar que no somos sujetos aislados, somos sujetos sociales, sería interesante revisar desde una mirada crítica, a las instituciones educativas y sus estructuras, ¿Están preparadas para abandonar la rigidez del siglo XX para educar en el siglo XXI? Acompañar con gestión y flexibilidad a las nuevas prácticas que hoy la educación exige, como respuesta a un mundo globalizado atravesado por nuevas tecnologías que imparten información masiva y

ligera constantemente, construyendo subjetividades que impactan en las relaciones sociales.

Pensemos que en la vida cotidiana desde el día que nacemos nos identificamos con un nombre, somos Fernando, Rodrigo, Kevin, Karen, Walter y en algunos casos elegimos como llamarnos como por ejemplo Marisil, en su documento figura María Silvia, sin embargo, ella decidió que en su vida cotidiana todos la conozcamos como Marisil. Cuando llegamos a la escuela, en la que nos vinculamos con otros, dejamos de llamarnos de esa manera, para que nos identifiquen por Villalba, Altamirano, Devoto, Oviedo, o hasta en el caso de los docentes dejan de ser reconocidos por su nombres para ser identificados, en el mejor de los casos, por un título y su apellido: Prof. Baukloh, Prof. Regunega,

o en otros, por ser el “viejo pesado de economía” “la profe de psicología” “la loca de música” entre otras etiquetas que solemos escuchar entre los pasillos. La pregunta es ¿Por qué nuestra identidad cambia? ¿Por qué no comenzamos a ser reconocidos por el nombre que nos identifica desde el

momento que nacimos?

¿Qué hace o qué fuerza ejerce la institución educativa, para que nosotros no podamos ser nosotros ante la mirada de otro? ¿Qué fuerza invisible dentro del status quo nos separa del ser y nos transforma en un “deber ser”?

Muchos dirán que es por una cuestión de respeto normas o protocolo, otros que las instituciones así lo establecen, otros que es necesario reconocer el rol del otro, sin embargo, todo eso está implícito y naturalizado en las dinámicas institucionales y en la cultura que cada una de éstas sostienen a diario, como un mecanismo de posicionamiento y supervivencia dentro de un sistema social que poco espacio brinda a las preguntas que interpelan y producen cambios ya sea de manera implícita y/o explícita.



Los estudiantes del SIGLO XXI, construyen valores de respeto y los vínculos con otros, no por imposición, sino porque se identifican, porque entienden y encuentran sentido a lo que el otro propone, más allá del rol que desempeñe.

La gran pregunta es... ¿Cómo logramos esto? ¿Cómo podemos pensar en las escuela como un espacio diferente a la escuela que hemos transitado y ha dejado huellas? ¿Cómo pensamos en escuelas para las que muchos no hemos sido formados?

Consideramos que el primer paso es plantearse estos interrogantes, interpelar nuestras prácticas e inclusive interpelar la mirada de los estudiantes, los prejuicios o etiquetas que tienen sobre la escuela, el punto inicial para trabajar con otros es conocerlos y conocernos a nosotros mismos como docentes en proceso de cambio continuo y aprendizaje, saber qué piensan, cómo se sienten y sobre todo que esperan de la escuela, que esperan de cada clase y que esperan de cada docente.

Sabemos que no todos traen consigo estos interrogantes, ya que, para muchos, la escuela sigue siendo una respuesta social, derivada casi

de un impulso innato al que deben responder sin muchas preguntas.

Es necesario ver más allá de lo aparente, y eso es lo que debemos sostener como educadores, pero ¿Que sucede ante la censura del pensar e indagar de modo diferente dentro de un sistema instituido cómodamente? ¿Cómo llevar a los estudiantes a estadios más altos, si quienes educan no los reconocen o no admiten el desafío de abandonar una zona de confort limitante y conocida casi de manera natural?

Hoy es inminente admitir que algo más falta "en las clases" y la respuesta está en escucharlos con mayor profundidad, la respuesta está en trabajar sus voces, voces que deben tomar coraje para salir al mundo, EN EL QUE ya están y expresar sus ideas y propuestas de cambios necesarios. Son ellos nuestros sucesores y aún seguimos sin honrar ese lugar privilegiado, que habita nuestro presente.

Cómo institución nos planteamos estas reflexiones a diario, porque somos unos firmes convencidos de que "la educación no cambia el mundo, cambia a las personas que van a cambiar al mundo".

